



*En las Cuevas  
de la  
Labera*

# *En las Cuevas de la Lobera*

Entre los valiosos yacimientos de objetos ibéricos y romanos que abundan extraordinariamente en la provincia de Jaén, se encuentra uno muy notable que por sus circunstancias ha llegado a interesar a la R. A. de la Historia Española, hallándose constituido por innumerables figuritas de bronce, ídolos exvotos, fíbulas y barros, muchos muy parecidos a los saguntinos y de Tanagra.

Con motivo de realizar una excursión agradable, con objeto de hacer un estudio a los lugares y poder tomar unas fotografías, en una mañana estival, marchamos algunos amigos al sitio que llaman "Cuevas de la Lobera", en termino de Castellar, que es precisamente donde se han verificado los encuentros de los objetos arqueológicos citados.

Tras repasar una y mil veces el lugar bajo el ardiente sol, nos recostamos a la sombra de la cornisa del santuario y ni alientos tuvimos de pronunciar palabra, cansados como estábamos. Sólo el canto de las cigarras se dejaba oír en aquellos parajes.

Un pastor que nos acompañaba rompió el silencio para decir que, si no teníamos inconveniente, podría contarnos un relato referido al sitio donde descansábamos. y como observó el interés reflejado en nuestros rostros, sin mediar palabra alguna y sentándose en una de las grandes piedras que allí había se dispuso a iniciar su historia.



*Hace ya mucho tiempo, comenzó diciendo, que cierto día entre los matorrales que circundaban estas célebres cuevas, aparecía una multitud abigarrada de gente que acudían presurosas junto a las peñas, en cuya parte baja, tal como se encontraba, tenía el aspecto de un templo primitivo, según decía el señor a quien oí referir el cuento.*



*Se distinguían en dicha ocasión mujeres de diversas edades, hombres viejos y jóvenes vestidos de distinta manera. Unos, al parecer guerreros, con su traje peculiar o sea, una blusa corta sujeta al cuerpo por un cinturón de piel; otros con capa larga y el vulgo o la generalidad de los presentes casi sin ropa. En las hembras también existían notables diferencias en trajes y*



*tocados. a las damas podía vérselas con el característico peinado cónico, cubierto con sus largos mantos como recatándose de los allí presentes, y las que llamaremos plebeyas sin esos distintivos, sólo cubiertas por sus miserables túnicas.*

*Tanto ellas como ellos parecían impacientes por llegar a realizar el propósito que allí les llevara, y primero por lo bajo y después alzando la voz sin cesar, se les oía murmurar y preguntarse mutuamente:*

*¿Dónde está la sacerdotisa? ¿Por qué no se encuentra en el Santuario? ¿Habrá muerto? ¿Quién recogerá nuestros votos y se hará cargo de nuestras ofrendas? ¿Quién verificará el acto de los sacrificios? Y otras frases parecidas que demostraban el estado de ánimo de los presentes.*

*Mas los expedicionarios, no obstante sus deseos e impacencias, a pesar de*



*buscarla, no encontraban a la sacerdotisa de aquel templo, cosa desusada y entonces, casi incomprendible, por lo que las murmuraciones y protestas se iban convirtiendo en gritos y amenazas.*

*Ya la intransigencia se manifestaba revistiendo serios caracteres de motín, sin que pudiera predecirse el fin de tan escandalosa situación, cuando un desconocido que por su aspecto y ropaje parecía pertenecer*



*a una de las colonias establecidas en las costas del Mediterráneo, si bien el acento lo hubiera descubierto como procedente de las tribus del norte de la península, con fuerte voz se dirigió a tan revuelto público, tratando de calmarlo y convencerlo.*



*Según él, sucedían acontecimientos extraordinarios que aportarían terribles consecuencias al pueblo ibero. Gruesos contingentes de celtas trataban de invadir y posesionarse de la región. Un enviado de aquel pueblo conferenciaba en aquel momento con la sacerdotisa y, según el resultado de sus gestiones, así subsistiría la paz o estallaría la guerra con sus vecinos. Ella, después, daría cuenta a los suyos de lo convenido, les aconsejaría lo más*

*conveniente y dirigiendo sus votos a los dioses impetraría su gracia para evitar toda clase de males futuros. Terminada la conferencia pronto regresaría al Santuario dispuesta a llevar a cabo las ceremonias propias de su cargo y rito.*





*El principio de la perorata no pudo ser escuchado por el ruido de las voces y denuestos de aquellas gentes, mas al apercibirse los concurrentes de que alguien les hablaba enérgicamente, como suele suceder en las multitudes, se produjo el silencio y quien más y quien menos, tuvieron como buenas las explicaciones*

*dadas y sin previo acuerdo aquella conglomerada variedad de personas pareció amoldarse a esperar pacientemente la vuelta de la encargada del templo.*

*Entretanto, el individuo que les dirigiera la palabra, procurando no ser visto por el público, aprovechando el efecto producido, se deslizó por la base de la pared del inmenso peñasco donde están enclavadas las cuevas y por una vereda llegó, a unos ciento dieciocho metros de distancia, a una*



*hendidura de la misma peña. Entró en ella y por un subterráneo marchó a un lugar relativamente amplio de forma circular cuya única comunicación*



*con el exterior, además del orificio de entrada, era un agujero en el techo que daba luz y aire a la estancia. Allí encontró un nuevo personaje del que, dada la oscuridad del recinto, no podía distinguirse el sexo. Se hallaba sentado sobre un grueso banco de piedra con la cabeza entre sus manos y un silencio de muerte se percibía en derredor. cubría a tan misterioso ser un traje largo, abierto por delante, que caía perfectamente sobre otro interior y pendía de su cuello, hasta la parte baja de su pecho, un doble collar de gruesas cuentas en las que se vislumbraban varios reflejos que se producían al chocar en ellos los débiles rayos de luz.*

*El extranjero hizo un gesto de disgusto y contrariedad al encontrarse sola a aquella persona y preguntó por la que creyó la acompañaba. La desconocida del collar, con la majestad que en ella parecía habitual, se levantó sin contestar y cogiendo la mano al recién llegado lo condujo a un extremo de la cueva donde existía un amplio y oscuro hueco abierto en la roca, e indicando con su dedo un rincón de aquel apartado antro, con voz pausada le dijo:*



*- "Ahí tienes a quien ha pretendido traicionar a mi país. Quería que yo influyera para que esas tribus dejaran a los celtas invadirlo. No pude oír semejantes proposiciones, ha querido convencerme con ofrecimientos y ante mi enérgica negativa me ha amenazado e insultado... Ve cual ha sido el resultado."*



*El extranjero no pudo reprimir una exclamación de asombro, sorpresa e indignación. Sobre la tosca piedra del suelo se destacaba un cuerpo inerte. Se arrojó sobre él y convenciose de que estaba muerto.*

*Pasado el estupor del extranjero a la vista del cadáver de su colega, furioso y sintiendo el deseo de venganza, se vuelve*

*rápidamente en busca de la persona adornada de collares, pero esta ha desaparecido. Búscala inútilmente por la cueva, sale, e inmediatamente se dirige al Santuario y, antes de llegar, la divisa al lado del ara de sacrificios. Actuaba de Sacerdotisa, de pie, erguida, con un ídolo en la mano lo presentaba a la multitud*



que en la ladera del monte se posternaba ante la interesante figura y después, poco a poco, adelantábanse las familias e individuos aislados para ir depositando en zanjas hechas ad-hoc las ofrendas y votos con el propósito de ofrecerlas a los dioses.

Eran pequeñas figuras de bronce de diversas formas y tamaños representando bien la persona enferma por la que se hacía la promesa o el militar pra que saliera bien del combate, la mano, la pierna... eran enterrados junto con algunos animales después de realizado el sacrificio en el ara. Una capa de tierra cubría dichas dádivas, dejando las zanjas abiertas para sucesivas ofrendas hechas por los peregrinos.



La ceremonia iba terminando y la sacerdotisa, después de las solemnidades del culto al ídolo, dirigía la palabra a los presentes notándosele una extraña agitación. ensalzó las ventajas de concurrir al Santuario, recomendó el uso de las sagradas aguas de los abundantes manantiales cercanos y, con voz entrecortada por la emoción, comenzó a explicarles su

tardanza en asistir al acto. El caso había sido el siguiente:

"Un enviado celta, obrando con la perfidia de la serpiente y con la astucia de la zorra, se había dirigido a ella para conseguir... ¡qué infamia! lo más odioso...".





*No pudo terminar. El extranjero que, sin que los concurrentes ni la sacerdotisa se apercibiesen, se había aproximado a la heroína y, en un instante, sin que nadie pudiera evitarlo, una hoja de metal parecida a los modernos puñales, la introdujo con tal fuerza en la espalda de la desgraciada sacerdotisa que cayó al suelo herida de muerte, sin proferir una queja.*

*El patriotismo costó la vida a la sacerdotisa. El público no tardó en conocer la causa de los sucedido y para perpetuar la memoria de tales acontecimientos decidieron construir una figura de bronce que representarían a la que se había sacrificado por la independencia de su raza y enterrarla delante del santuario, juntamente con el ara de los sacrificios, en las zanjias donde permanecerían muchos siglos unidas a los numerosos exvotos y demás ofrendas depositadas en holocausto a los dioses iberos.*



El pastor había terminado según se desprendía del silencio que siguió a sus anteriores palabras.

Mariano Sanjuán Moreno.

1916